

# "el MAESTRO"

por **Tomás Guendelman**

*Dedicado a la gloriosa promoción Beauchef 1962*



**Tomás Guendelman Bedrack** es profesor titular de las universidades de Chile, de Santiago, y Mayor. Es Past President de la Asociación Chilena de Sismología e Ingeniería Antisísmica (ACHISINA), y Presidente de I.E.C. Ingeniería S.A.

**E**l, con minúscula. No hay error. "MAESTRO", con todas sus letras en mayúsculas. Tampoco hay error. "el MAESTRO". Así es. Así debe ser.

*"el MAESTRO" es don Rodrigo Flores Alvarez, nuestro profesor de Estructuras y, sin duda, el Ingeniero Civil más trascendente del país.*

*MAESTRO, por su rol docente.*

*MAESTRO, por su ancestro, don Maximiano, su padre, profesor de Lenguas, con posgrado en La Sorbonne, que enseñaba Francés, Inglés, Español y las bases de la vida.*

*MAESTRO de ajedrez, genial desde los cinco años, disciplina en la que ostenta el record de diez títulos de campeón de Chile.*

*MAESTRO que ha recibido todos los premios que se puedan conferir a un Ingeniero Civil en nuestro país.*

*MAESTRO de sus numerosos discípulos, que hoy ejercen su profesión en distintos y variados sectores del quehacer nacional.*

*MAESTRO de esos otros, los que ya partieron, precipitadamente, inoportunamente, dejándonos un hueco "así de grande".*

Se me encargó entrevistarle y él, con su proverbial amabilidad y tino, se sintió honrado con mi llamada. Lo primero que hice fue saludarlo por su reciente cumpleaños número 89 y luego, tomando las debidas precauciones, le pregunté respecto al sitio y hora en que me podría recibir, por unos treinta minutos.

*–Estoy en mi oficina, de lunes a viernes, entre las 9:30 y las 6 de la tarde. Será muy bienvenido cualquier día y por todo el tiempo que quiera–* fue su respuesta. Acordamos el viernes 27 de septiembre, de 12 a 12:30.

Llegué a las 11:45 y me retiré a las 13:30. Podíamos haber seguido el día entero. Nos remontamos a los '70, época en que mi oficina estaba un piso más arriba que la suya, en Providencia. Recordamos que nos juntábamos diariamente y él me hacía ver el beneficio de la pipa como factor desequilibrante en un debate, pues luego de una pregunta compleja se procedía a limpiarla, cargarla, prenderla e iniciar el proceso de fumarla lentamente, comprimiendo el tiempo entre el término de la pregunta y el comienzo de la respuesta, justo después de la primera bocanada.

*–Dejé de fumar hace más de diez años, pero tal vez empiece de nuevo. No en vano tengo una extraordinaria colección de ellas–* me dijo.

–Me parece muy legítimo, repliqué, apoyando su idea, lo que nos llevó a hablar de salud y calidad de vida, y como consecuencia, del cada vez más importante rol de la Geriatria, que permite placeres que las otras especialidades de la Medicina prohíben. Mal que mal, una proposición de reiniciar el hábito de fumar, en su caso, pienso que es más beneficiosa que perjudicial.

–¿Cómo llegó al ajedrez?– le pregunté.

–Observando jugar a mi padre– me respondió –Él vio algo especial en mí y no me envió al colegio en preparatorias. Hizo que algunos profesores, y él mismo, se preocuparan de mi aprendizaje. No me gusta decir esto y por favor no lo escriba (!!), pero a los once años me había leído los veinte tomos del Tesoro de la Juventud. Por esos años vivíamos en La Cisterna y mi padre, aficionado al ajedrez, invitaba a diferentes amigos a jugar en nuestra casa. Yo tenía menos de siete años y observaba, sentado a un costado. En una de esas ocasiones, mi padre jugó una pieza y yo, desde mi posición de observador le dije que si hubieses movido Caballo 5 ganaba el partido. Quedó la "crema", con ambos jugadores estupefactos.

–¿De dónde sacaste esto?– me preguntaron.

–Mirándolos no más– contesté.

–¿Y que más sabes? ¿Conoces el enroque?

–No– dije –. Entonces mi padre dio inicio a la enseñanza formal de este juego-ciencia, lo que duró muy poco, pues mi incommensurable interés en el tema desbordaba su tiempo y sus conocimientos. Entré de lleno en el análisis de



grandes partidas, en el estudio sistemático de las aperturas y ya, en 1926, a los trece años, participaba en los torneos nacionales. Mi primer título lo alcancé en 1931 y mi participación concluyó en 1966. En 1927, el diario "La Nación" me premió enviándome con mi padre a Buenos Aires a presenciar el partido por el título mundial entre Alekhine y Capablanca, lo que dejó profundas huellas en mi vida. Tengo fotos con ambos, sentados frente al tablero en partidas "de verdad". Hoy estoy escribiendo un libro en homenaje a aquellos años, pues con mi carácter un tanto introvertido, he sido muy poco cooperador con mis biógrafos. Raúl Sáez, gran amigo y compañero de curso, escribió como cuarenta páginas sobre mi vida, en el libro que la Universidad de Chile publicó en 1989 en homenaje a mi persona y siempre me reclamó por el enorme esfuerzo que tuvo que desplegar para hacer "esa pega", por mi nula cooperación con datos y anécdotas. Con el libro me sentiré pagando esta deuda de gratitud.

La charla prosiguió con la visita a Chile de Bobby Fischer, un genio iracundo y completamente loco. Conociendo las cualidades de Fischer, estudió una estrategia defensiva y "ratoneando" con una apertura "Ruy López", le sacó tablas en 60 movidas. Fischer quedó terriblemente "picado" y durante los tres días siguientes trató de demostrarle que lo tenía ganado, pero las hábiles respuestas de don Rodrigo lo convencían de lo contrario.

—¿Por qué no se dedica al ajedrez?— dijo Fischer, terminando el debate.

—¿Se da cuenta usted lo que estaba proponiendo este individuo?— me dijo —. Yo en esos años tenía proyectos importantes en mi oficina, era consultor de Naciones Unidas, hacía clases en la Universidad, presidía el Instituto de Ingenieros y él quería que yo me dedicara sólo al ajedrez.

Luego nos trasladamos a las sabrosas y famosas partidas de los días sábado, en La Moneda, cuando el entonces presidente don Arturo Alessandri lo mandaba a buscar a las tres de la tarde, en el automóvil de la presidencia, y lo devolvía a su hogar a las cinco de la mañana. Catorce horas de ajedrez, cien o más partidas y cien o más mates. Jamás una tabla.

—Le daba mate tras mate, sin piedad, y tan pronto terminaba una partida, don Arturo reponía las piezas para no perder tiempo. Incluso, a la hora de la cena, nos servían solamente trutros de pollo, que se comían con la mano izquierda para no ensuciar las piezas, que se movían con la derecha. Los huesos no dejaban huella, pues se los tirábamos a Ulk, el "Primer Perro de la Nación", mucho más preocupado por la velocidad con que se engullían los trutros que por la que yo empleaba entre mate y mate— cuenta riéndose —. Fíjese Tomás, como sería el entusiasmo de don Arturo por el juego, a pesar de los resultados, que en una ocasión entró el edecán infor-

mándole que el presidente del Senado, don Miguel Cruchaga Tocornal, necesitaba hablarle con urgencia. Don Arturo dijo "que querrá este #S%&%S#", pero luego recapitó y le indicó al edecán que lo hiciera pasar. Don Miguel entró al salón y don Arturo le dijo "como está Miguelito, que gusto de saludarle. Mire como me tiene este niño. Está a punto de darme mate", y acto seguido, yo, el muy estúpido, se lo di. Don Arturo, como de costumbre, tomó las piezas a gran velocidad, quedó con blancas y en menos que canta un gallo jugó Peón 4 Rey. En ese momento don Miguel dijo "don Arturo, veo que está muy ocupado, de modo que volveré otro día". Se despidió y se fue.

Miramos el reloj y eran las 13:30. Nos habíamos sobrepasado en demasía respecto del tiempo estimado, pero aún quedaba un "cogollo" del MAESTRO: —Si alguien elabora una "salchicha" de 20 metros de largo y reclama el reconocimiento del record correspondiente, basta que otro haga una de 21 metros y se acabó el reinado. Sin embargo, no todos los récords pueden ser superados, como por ejemplo, el hecho que soy la única persona en el mundo que ha concurrido a todos los Congresos mundiales de Ingeniería Sísmica. La sonrisa sutil, casi como una mueca, volvió a aparecer en su rostro sereno.

Hablamos de casi todo, menos de Ingeniería, tema que parecía bastante obvio. Tampoco alcanzamos a tocar la Astronomía ni los gatos, otras de sus pasiones, lo que queda pendiente. Pero al despedirnos, me dijo muy en serio: —¿y quién va a escribir de usted?— revelando que vanidad es una palabra inexistente en su diccionario personal, así como caballerosidad, talento e inteligencia son sustantivos y no adjetivos calificativos.

De Rodrigo Flores se puede escribir un tratado, pero a veces basta una palabra: MAESTRO. Espero, queridos ex discípulos que, ahora, cuando cumplimos cuarenta años de profesión, disfruten de esta clase magistral de don Rodrigo, sin temor a que les pregunte algo complicado del Método de Cross. ■



Rodrigo Flores

En 1927, cuando tenía 14 años, Rodrigo Flores tuvo la oportunidad de jugar una partida "de verdad" con el campeón mundial Alexander Alekhine.

